

mo ésta es una invitación a una nueva y más atenta lectura del poeta que entró en el alma y vió en ella, claro, su secreto último, siempre encendida para todo aquel que no se desposee del gozo y de la pena para ir, desnudo, hasta Dios,—HERNÁN DEL SOLAR.



<https://doi.org/10.29393/At232-162LBJM10162>

LOS BUDDENBROCK, novela de *Thomas Mann*. Buenos Aires, 1943

Publicada en 1905 esta novela es una de las primeras grandes producciones de Thomas Mann. Como todas sus obras anteriores nos muestra un principio arisco, cansado. Pero quien se atreve a ir más allá, quien supera esa primera etapa, no tarda en sentirse atraído y entonces no piensa sino en llegar a terminar la lectura, en posesionarse del destino total que el autor ha fijado para sus personajes. Es ésta una característica general de todas las obras de Thomas Mann, que se revela especialmente en sus grandes producciones tales como «La Montaña Mágica» o la tetralogía trunca de «José y sus hermanos».

«Los Buddenbrock» es una novela de descomposición y decadencia. En el transcurso de tres generaciones una gran familia de comerciantes hanseáticos ve disolverse no sólo sus grandes empresas, sino también el espíritu emprendedor, el pathos activista del comerciante. Y la descomposición actúa tanto desde dentro como desde fuera. El destino hace fracasar empresas que en otras circunstancias habrían dado pingües resultados. La primera generación, representada en la fuerte personalidad de Johannes Buddenbrock, ha llevado a la razón social de su nombre, ya centenaria, al apogeo de su prosperidad. Pero con él comienza también la decadencia y la disolución. Ya no puede ir más arriba y todas sus tentativas en ese sentido fracasan. Su sucesor, Thomas Buddenbrock, no obstante su gran sagaci-

dad, su espíritu emprendedor, no logra mantener la razón social «Buddenbrock» a su antigua altura, y se ve descender poco a poco. Su hermano Christian, en quien algunos comentaristas ven una expresión autobiográfica de Thomas Mann, representa la disolución y el desenfreno. En él, el impulso comercial queda sustituido por un espíritu orgiástico, por un anhelo desenfrenado e insatisfecho de gozar de la vida, que le arroja en brazos de las mujeres fáciles y de las bebidas. Sobre las hijas se cierne un fatal destino amoroso. Y a la desventurada Tony sus dos esposos la hacen desgraciada. Uno de ellos resulta un estafador y el otro, una vez en posesión de el dote, abandona los negocios.

Dos divorcios y una hija, Erika, cuyo marido, a su vez, es aprisionado por deudas cuantiosas. En la última generación, representada en el hijo de Thomas Buddenbrock, el «pequeño Hanno», el impulso comercial desaparece totalmente y se transforma en impulso artístico. Pero dijérase que la voluntad, agotada ya en varias generaciones de grandes empresarios, desaparece también aquí, y el impulso artístico del pequeño Hanno no es el suficiente para hacer de él un artista, un gran ejecutante o un creador musical. No hay tras la exaltada inspiración musical, esporádica y fugitiva, por otra parte, un impulso interno que la permita objetivarse en una realización artística. Rara vez el pequeño Hanno se sienta frente al piano o a su armonio para improvisar. Su impulso musical proviene de la madre, que es una gran violinista. Tampoco descuella como alumno y es completamente inapto para las matemáticas, para la geografía y para el latín, con lo cual troncha las esperanzas de su padre, que veía en él a su posible sucesor. Hanno, en un acto de claro simbolismo traza una raza liquidadora, bajo su nombre, apuntado en un libro en el cual los Buddenbrock sucesivos habían ido escribiendo los hechos más importantes de la familia.

Para los comentaristas Hanno representa, según su concepción autobiográfica de la obra de T. Mann, la dirección artística

de la familia del autor, encarnada por él y su hermano. Pero también, en ese muchachito, quebrado interiormente, carente de voluntad, puede verse un símbolo anticipado de las generaciones de post-guerra, sin ideales, dotadas de grandes cualidades, pero sin impulso interno que las haga resurgir, sin un norte a que apuntar la proa de su vida. Su mismo padre ya le niega interiormente y en un monólogo, en que le asaltan dudas metafísicas, llega a expresar: «¿Esperaba yo seguir viviendo en mi hijo? ¿En una personalidad más débil, más tímida, más títubeante aún? ¡Qué necedad infantil! ¿Qué podría significar para mí el hijo? ¡No necesito ninguno! ¿Dónde estaré yo cuando muera? Estaré en todos los que hayan dicho, digan y dirán Yo, especialmente en aquellos que lo digan de un modo completo, resuelto y alegre?». En un ensayo «Sobre el matrimonio», en que contesta a Keyserling, T. Mann expresa: «Este modo de volver la espalda a la idea de la familia y de la eternidad a través de las generaciones, esta fuga hacia lo metafísico era una expresión del proceso de disolución de lo vital, del mismo «regreso» a la libertad orgiástica del individualismo que más tarde describí en la forma del amor a un adolescente en *La Muerte en Venecia*... Thomas Buddenbrock y G. Aschenbach son moribundos escapados del rigor de la vida y de la moral vital, dionisiacos de la muerte, cuyo estado era familiar, en ciertas épocas a una parte de mi carácter. No quiero llamarla la parte artística, pues no es posible un artista sin moralidad vital...»

Pero esta «fuga metafísica hacia la muerte», este impulso oscuro hacia las fuerzas negativas de la vida, no es un caso aislado, representado por Thomas Mann. Dijérase que la mayor parte no sólo de la literatura contemporánea, sino también de todas las grandes obras artísticas realmente representativas, encierran en una u otra forma esa misma tendencia hacia la muerte. Ya la llamada por Ortega y Gasset «deshumanización del arte», en su negación no sólo de la forma vital, sino también

del impulso vital, es una forma de tendencia hacia la muerte; para decirlo en una expresión paradógica de «vivificación de la muerte». Y las grandes obras literarias, como las de Huxley y de Lawrence, de Thibault, muestran las distintas maneras y caminos por el cual la humanidad burguesa se va desintegrando, después de haber logrado su cenit en el siglo XIX. La obra toda de Thomas Mann ha expresado magistralmente esa decadencia y disolución, y en ello reside gran parte de su valor, ya que todo creador genuino es siempre un intérprete del ritmo vital pleno y cultural de su época.—JORGE MUÑOZ R.



EXPRESIÓN POLÍTICA HISPANOAMERICANA, por *J. M. Velasco Ibarra*. Ed. Zig-Zag. Santiago. 1943.

En este «Ensayo sobre derecho constitucional hispanoamericano», nuevamente el autor se nos presenta como un estudioso de los problemas del Nuevo Continente. Ya en otros libros había hecho notar como un conocedor de la vida sudamericana. Y tuvo la acogida que su investigación histórica y sus reflexiones merecían.

En este nuevo libro analiza el autor la política hispanoamericana del período colonial con gran acopio de antecedentes y autorizado por las investigaciones históricas de estudiosos eminentes, como Barros Arana, Errázuriz y otros. Concluye diciendo que «el espíritu general de la Colonia fué el desconocimiento del valor ético individual y la fe en la sociedad jerarquizada, dirigida y ritualista. El criollo desarrolló su resentimiento, pero no su experiencia administrativa ni su preparación intelectual».

Sus observaciones sobre la psicología del criollo americano son acertadas, pero no podemos aceptar la generalización que hace el autor. Sin duda, algunos de los criollos chilenos en los cuales podemos analizar con más propiedad las diferencias